



La secta de los vieneses

Carlos Jiménez Climent

La secta de los vieneses

Carlos J. Climent

I
Enero de 1912

El doctor Franz Schultz, de Viena, ha llegado a Barcelona y reside actualmente en el Paseo de Gracia 30, pral., 2ª. Su especialidad es la psicopatología freudiana.

Después de escribir deslizó la plantilla bajo la luz blanca del velador, junto al copista. Este leyó atentamente el enunciado y después levantó la vista del papel para observar detenidamente al hombre que tenía delante. Sus ojitos un poco achispados se abrieron de sorpresa detrás de unos lentes minúsculos color cinabrio.

-¿Y usted cree que con este anuncio en la prensa va a ganar algún cliente?

-¿Cuál es el problema? –quiso saber Franz sorprendido.

-No, nada, es que he leído algo, ya sabe...

-¿Qué me aconseja entonces?

-Bueno, yo de usted eliminaría la última palabra. Por otra parte no creo que la gente sepa a lo que se dedica usted. ¿Psicopatólogo? Aquí hacen falta médicos que curen el cuerpo. Para el alma ya están los confesores... Si quiere que le diga la verdad no creo que consiga nada.

Franz dio dos golpecitos perentorios sobre el mostrador con el dedo índice y el copista levantó las cejas indicando con un gesto de resignación: allá usted. Rápidamente calculó las palabras y le extendió el recibo.

-Tenga.

Después de abonar la cantidad, que consideró más que justa –en Viena un anuncio similar en el *Neue Freie Presse* costaba al menos 30 gulden –abandonó las oficinas un poco molesto por la insolencia del empleado. Ya en la puerta este le deseó suerte.

¿Por qué tenía que eliminar aquella maldita palabra de su anuncio? ¿Acaso no había sido el viejo profesor el que le había enseñado todo lo que sabía sobre las enfermedades de la mente? No, no iba a permitir tal cosa. Al

contrario; ahora debía ser él, el joven discípulo ilusionado, quien abriera sendero para *la causa* en un nuevo país. Si querían triunfar debían colonizar otras naciones y España era una isla a explorar. Por supuesto que nadie había entendido su tenaz obstinación por venir a Barcelona. Le habían hablado de la alarmante falta de higiene, de los tristes años de guerra colonial que habían acabado con una generación de jóvenes orgullosos pero pobres; le dijeron también que la situación era difícil y que el sentimiento era de abandono y humillación a pesar de los años transcurridos desde la pérdida de la colonia cubana. Nada más olfatear el andén, recién llegado en el tren que venía del norte, recordó los consejos demoledores de los amigos, Freud sin ir más lejos, quien le aseguró que Italia no admitía comparación porque Roma era el gran útero materno al que todos debemos volver algún día. Y el bueno de Ferenczi le propuso que se quedara a vivir en París porque allí las alegres muchachas del barrio latino te susurran canciones obscenas por unas pocas monedas. Pero Franz, desoyendo el clamor familiar y por una vez en la vida, a los treinta y tres años, hizo lo que había planeado. Además, aquella sería una inmejorable oportunidad para mejorar de una vez por todas su querido español. Había aprendido aquella lengua por sí sólo, en incontables horas de estudio nocturno frente a una gramática muy vieja que le había prestado el mismo Freud. Y lo cierto es que lo hablaba muy correctamente, dejando de lado un apreciable acento germánico que le otorgaba la solemnidad de un maestro de escuela luterano.

Hacía frío en la calle. Nada comparable con Viena y la costra de hielo que agarraba la ciudad como un puño brutal nada más tumbar septiembre. Pero hacía frío y soplaba viento de la montaña. Se arrebujaó dentro del abrigo y decidió no tomar el ómnibus. Caminó durante diez minutos entre una muchedumbre humana que se desplomaba por la Rambla y alrededores. Volvió a sentir la misma sensación de escasez al contemplar los humildes cenadores a pie de calle y las cafeterías viejas con niñitos mendigando limosna. Imposible no acordarse del esplendor del Landtmann o el

Café Central donde tantos buenos momentos había compartido con su viejo maestro y los demás locos de la secta. A Freud le encantaba el Landtmann. ¡Cuántas discusiones acerca del último libro de alguno de los discípulos más aventajados o la mejor táctica para sortear un nuevo ataque furibundo del protomedicato vienés! Se reían a mares de las pruebas esgrimidas en su contra y de la estulticia que los rodeaba por todas partes. Entonces se sentían capaces de conquistar el mundo. El tiempo había borrado los sinsabores, que eran muchos, y había conservado intactos los buenos recuerdos. Eso les permitía abrigar esperanzas.

El doctor Franz Schultz, de Viena, ha llegado a Barcelona y reside actualmente en el Paseo de Gracia 30, pral., 2ª. Su especialidad es la psicopatología. Consulta abierta. ¿Debería haber hecho caso al copista y haber eliminado la terrible palabra? Ahora la duda y los remordimientos le acosaban. Subió las escaleras de dos en dos –jamás tomaba el ascensor- y giró la llave en la cerradura. La vivienda estaba en silencio pero desde la cocina llegaba un rastro de olor a pastel. La señora Guinart canturreaba en los fogones. El tintineo de los pucheros y las órdenes entrecortadas a Rebeca apenas perturbaban la paz de buque hundido que tomaba a esas horas de la mañana la casa de pensión regentada por la amable viuda y su hijita. El portazo despertó el interés en la cocina.

-¿Es usted, Herr Doktor? Venga a probar esto.

A ella le gustaba llamarle así. Sin duda pensaba que esta galantería era un rasgo de distinción por su parte porque la señora Guinart, que todavía era joven, se consideraba una mujer de mundo. Tocaba un poco el piano, chapurreaba el francés y leía novelas románticas muy atrevidas para la época. Sin duda su libro favorito era Madame Bovary y no entendía ni remotamente qué se proponía el doctor Schultz con aquello del psicoanálisis ni qué demonios hacía un caballero así en su pensión. De comprender los rudimentos de esa ciencia rebelde quizás hubiera rogado al médico que abandonara la casa, que hasta entonces había gozado de excelente reputación entre todos sus

clientes habituales. Pero en su pequeña concepción del universo, colmada de cuberterías y teteras esmaltadas, la llegada de un vienés tan distinguido, eso se veía a la legua, era poco menos que una bendición. ¡Ella hubiera dado cualquier cosa por aprender a bailar el vals! Quizás algún día el doctor le enseñara algunos pasos... Pero pensar así era muy osado por su parte. Sabía que en su formidable baúl vienés, que tuvieron que meter por la ventana con una polea, él guardaba un espléndido gramófono y que disponía de algunas grabaciones de los hermanos Strauss. Sí, ella había oído esos discos. Por las tardes solía escuchar con el corazón desatado la música que provenía del cuarto de su huésped preferido. Era un eco de artefacto, como una orquesta tocando debajo del agua, un sonido que tomaba la casa en penumbra y la trasplantaba a lugares inexplorados llenos de magia y misterio. Algunas arias en italiano la hacían llorar detrás de la puerta entornada de su dormitorio. Entonces apretaba el crucifijo que colgaba de su fino cuello y se dejaba llevar por las heroínas que ella admiraba, mujeres turbulentas que amaban y odiaban de una forma animal, sin medias tintas, hembras verdaderas capaces de arrojar al primer río que ojeaban o de morir de pena con tal de no dejar a un amante indiferente. Su ópera preferida era *La Traviata* y *Alfredo el hombre que ella hubiera querido por marido*, sin desmerecer, claro está, a su adorado Nicolás, que en paz descanse. ¡Cuánto orgullo y deseo residían todavía agazapados en el menudo cuerpo de la señora Guinart! ¡Cómo lamentaba a veces no haber sabido vivir de otra manera! Pero tenía a Rebeca, el tesoro adorable que le había dejado en herencia el esposo muerto en la guerra. Y Rebeca era suficiente de momento, pura como la nieve, sin un atisbo de malicia y pecado.

En lo del baúl andaba la señora Guinart en lo cierto. Claro que además de música allí había todo lo que Franz necesitaba para vivir lejos del hogar. Este es el inventario más o menos exacto de todo lo que contenía aquella arca repleta de pequeños tesoros:

Una máquina parlante de la casa Gramophone, en efecto, con bocina dorada y estuche de vulcanita. Esto impresionó mucho a los aduaneros de la estación que al parecer no habían visto nunca nada igual. Discos giratorios de las marcas Odeon, Jumbo y Fonotipia: al menos veinte, de diversos compositores italianos y alemanes, entre ellos Mozart, Wagner, Verdi, los hermanos Strauss y Bach. Un pequeño telescopio de trípode construido en madera de alcanforero, con bonitos remaches de latón bruñido. Libros: en alemán, inglés y español. Obras completas de William Shakespeare y Ludwig Börne, los primeros en tafete color marrón, los segundos en tela negra con títulos ribeteados en grana; *The Posthumous Papers of the Pickwick Club*, de Charles Dickens; *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes (tipos góticos). Sigue una breve bibliografía de carácter científico de uso exclusivamente profesional: en alemán *Geschlecht und Charakter*, de Otto Weininger, cartón verde; en inglés *The Treatment of Certain Forms of Neurasthenia and Hysteria*, de Weir Mitchell. Algunas láminas con bosquejos a lápiz de pájaros y aves exóticas (llama la atención el dibujo de un hermoso petirrojo con un cartelito pintado a mano: *erithacus rubecula*). Carboncillos de colores, en un estuche enrollable de lienzo gris con una cinta roja de tafetán. Un atlas ornitológico, una brújula y cuadernos de apuntes atormentados con una caligrafía minúscula, casi ininteligible. Hacia el fondo un pliego de revistas médicas con subrayados, entre los cuales destaca un artículo del malogrado Otto Gross sobre la *demencia precoz*. Tres tallas egipcias compradas con prisa a un judío en París, un pisapapeles de vidrio y una colección de plumas. En los bolsos de fuelle algunos medicamentos, jabones de olor, seis bolitas de naftalina y no menos de seis relojes de bolsillo con leontinas que relumbran como el oro del Rhin.

-¿Va a quedarse hoy a almorzar? –preguntó la señora Guinart limpiándose las manos en el delantal. Al instante le sirvió un trozo de pastel humeante. Rebeca tenía las mejillas tiznadas de harina.

Franz dijo que se quedaría a comer pero que ahora no disponía de tiempo; debía ir a recoger un sombrero a medida en uno de los comercios de moda, en la calle Santa Anna, y después necesitaba comprar todo lo necesario para acondicionar el viejo estudio junto a la galería. Para empezar había que encargar dos placas profesionales, una grande y generosa para situar en la calle y otra más discreta que atornillar en la puerta del apartamento. En las dos se leería: *Doctor Franz Schultz. Psicopatólogo*. Entonces habría que apartar algunos muebles antiguos y conseguir un diván o un canapé para atender a los pacientes como era debido.

La vivienda donde residían la señora Guinart y su hija -en una de las partes más nobles de la ciudad -era un apartamento amplio pero un poco ceniciento. Si Franz quería instalar un despacho profesional eran necesarios algunos cambios; sobre todo en el pequeño estudio que había pertenecido al señor de la casa y que ahora el médico había arrendado a razón de 3 pesetas diarias; a lo que había que sumar el alquiler del dormitorio y la comida corriente que le costaban 170 pesetas mensuales. No había sido fácil convencer a la dueña porque aquel lugar se había convertido con los años en un santuario consagrado a la memoria del capitán. Allí dentro Don Nicolás pasó muchas horas disparando cañones de miniatura, leyendo biografías y estudiando mapas de guerra comprados en sus muchos viajes al extranjero. Las maquetas con soldaditos de plomo todavía atiboraban la mayor parte de los armarios de la pared. Las vitrinas estaban cubiertas con fundas de arpillera para protegerlas del polvo y a un lado descansaba un gran escritorio de pino que Franz pidió prestado a su casera. Franz quería cambiar una de las puertas, la que daba al corredor, por una nueva con un ventanal de vidrio esmerilado. En él grabaría de nuevo su nombre en caracteres negros, bien visibles. Y en la galería, un patio bajo y luminoso repleto de tiestos con bromelias, Franz estaba decidido a situar el vestíbulo de espera; bastaría con arrimar las dos butacas de bejuco que allí había.

En todo ello la colaboración desinteresada de la señora Guinart y su conocimiento de las necesidades diarias fueron de mucha ayuda. Dio su permiso expreso a todos los cambios y cuando algo parecía no agradaerle se las ingeniaba para que no se notase demasiado.

-Si usted lo considera necesario..., doctor –decía acariciando el crucifijo. Y se iba en busca de un balde con agua o a comprar peladillas.

Después de todo era una gran noticia eso de tener una clínica en su propia casa. Un médico tan distinguido y agradable le daría lustre al negocio. La muerte del marido y las miserias propias de la época la obligaron a transformar una parte de la gran residencia familiar en una casa de pensión humilde pero abierta a todo el mundo; había que equilibrar el presupuesto familiar. En un primer momento, eso sí, pensó en admitir sólo mujeres, por aquello de las habladurías, pero pronto se dio cuenta de que así no iría muy lejos. Eran muy pocas las señoras que viajaban solas por el mundo y las que lo hacían eran de mala nota. Desechada esta idea el negocio empezó a funcionar medianamente bien después de algunos meses muy difíciles. De eso hacía ya casi doce años. Ahora, después de mucho luchar, el futuro parecía sonreírle sin miramientos. Ya imaginaba el nuevo anuncio que ordenaría redactar en algún diario importante: *Señora viuda y su hija desean caballeros y matrimonios a todo estar. Habitaciones espaciosas y bien decoradas en punto muy céntrico. Casa moderna con luz eléctrica y ascensor; balcones a la calle. Paseo de Gracia 30, pral., 2ª.*

Y como remate:

El afamado doctor Franz Schultz, recién llegado de Viena, recibe en su despacho privado situado en el mismo lugar. Descuentos especiales para inquilinos.

Claro que esto último no lo había tratado todavía con el doctor pero estaba segura de que llegado el caso él accedería de buena gana después de toda la ayuda que le había prestado. Sólo un nubarrón de duda atormentaba a la buena mujer. ¿Cuál era la especialidad del doctor? Eso

de *psicopatólogo* era una palabreja que le costaba pronunciar y que entendía aún menos. ¿Aquel adorable joven curaba a los locos? Ella no había conocido a ningún chiflado personalmente, claro que no, pero había leído algo sobre la clase de gente que puebla los sanatorios y eso le bastaba para convencerse de que no había remedio para ellos. ¿Cómo pretendía el doctor Schultz sanar a esos infelices? Cuando un hombre cree ser Julio César... ¿cómo convencerle de lo contrario? Además, la sola idea de ver su hogar convertido en un desfile de perturbados conversando con los percheros o saludando a los espejos le producía escalofríos. Debía proteger a Rebeca a toda costa de malsanas influencias. Ya hablaría con el doctor sobre el asunto. Sí, era mejor aclarar algunas cosas.

Pensando que antes sería bueno tantear el terreno decidió organizar un pequeño acto de bienvenida. ¡Qué mejor que una bonita velada en honor al joven viajero que acababa de llegar de Viena para averiguar algo más sobre sus raras actividades! Le pediría al médico de la familia, el doctor Clotet, que asistiera también. Sin duda estaría interesadísimo en conocer de primera mano el gran secreto de esos *libertinos vieneses*, pasatiempo del que no tenía muy buena opinión, por cierto. Con la ayuda de su viejo amigo y su penetrante punto de vista estaba convencida de poder obtener la información suficiente para levantar una teoría. Como era una mujer muy moderna no sentía simpatía por la personas con prejuicios y deseaba a toda costa conocer por ella misma los hechos antes de actuar, empeño que le había causado muchos quebraderos de cabeza en el pasado y no pocas discusiones con su marido.

Sí, lo de la cena era una buena idea, estaba orgullosa de su audacia. Para no levantar sospechas debía aparentar una absoluta falta de interés en la cuestión. No quería que el doctor intuyese ni por asomo sus dudas. Ella se dedicaría a servir a los invitados y a interesarse por sus opiniones sobre el estupendo puré de manzana que cocinaría para aderezar la carne. Estaría en buenos términos con todos y de vez en cuando exclamaría a viva voz para que la

oyeran: ¡No creen que Rebeca se está convirtiendo en una hermosa personita! Sí, eso sabía hacerlo muy bien. Tantos años gobernando una pensión, toda esa gente de paso entrando y saliendo, le habían enseñado algo. Era toda una experta en descubrir las intrigas que surgen siempre entre los distintos inquilinos y en abortar pequeños y grandes desastres. ¡Cuántas veces ella y sólo ella había sido la causa de una reconciliación entre dos enemigos encarnizados! Lo que no tenía claro era el vestido que iba a ponerse esa noche. Quizás el corpiño de raso negro con corchetes de nacarón que tanto gustaba al capitán. Sí, el terciopelo es demasiado llamativo y el tafetán tiene poco cuerpo. Y una falda de encaje. Había que estar elegante pero no causar alboroto. Y prestar mucha atención a la conversación de los invitados, no perder detalle. Sin duda en eso el señor Fabbri sería un apoyo nada desdeñable, un contrapunto imprescindible para no acabar agotada y confusa con tanta cháchara científica.

Renato Fabbri acogió el asunto con indolencia, como era habitual en él, pero dijo que tomaría parte encantado por respeto a sus guisos. Iba camino de los cincuenta y todavía no había encontrado una mujer que soportara su vida de vagabundo errante. Alquilaba la misma pieza a la señora Guinart dos o tres veces al año, no más de una semana, durante alguno de sus continuos viajes al extranjero para importar relojes viejos. Almacenaba en su habitación todos los armatostes antiguos que era capaz de reunir en sus expediciones a Francia, España o Inglaterra; los catalogaba meticulosamente y los expedía por barco o tren a su país. Durante esos días la casa era un temblor puntual de bocinas y péndulos porque todas sus bonitas máquinas se ponían a bramar a la vez con una exactitud de manual. Sólo ella sabía los sobresaltos que tenían que soportar algunos viajeros recién llegados cuando oían el concierto de cucús, sirenas y chiflidos que explotaba desde su cuarto. ¡Por Dios –exclamaba la señora Guinart irritada –es que no puede haber un poco de paz en esta casa! Pero en el fondo estaba de acuerdo en casi todo con Fabbri. Y Rebeca tenía un se-

creto; le gustaba admirar su fantástica colección de relojes las tardes que el italiano se ausentaba para ir a sus negocios. Esos días, durante la siesta, se las ingeniaba para hurtar la llave maestra que su madre guardaba celosamente en un bolsillito interior de sus blusas y que sólo abandonaba sobre el velador el tiempo justo de su pequeño letargo después del almuerzo. Un poco más tarde la muchacha se deslizaba en silencio al interior de la cámara secreta para disfrutar del espectáculo. El tictac lubricado de todos los artefactos la atrapaba invariablemente en una fantasía a medio camino entre la realidad y la pesadilla; era como viajar en globo, uno de esos modernos aparatos de feria que despegan todos los días cerca del Palacio de Justicia con seis o siete caballeros repeinados en un cesto. Aunque ella no había tenido la fortuna de subir jamás a ninguno, su madre no lo permitía; además estaba el importe, ni pensarlo. Pero intuía que debía de ser muy parecido porque allí, envuelta por un dulce ruido enlatado, sentía su vientre suspendido a mil metros de altura.

Nada más cruzar el umbral cerraba la puerta con dos golpes de llave. Entonces sus pequeñas pupilas verdes tomaban el mando y brillaban en la penumbra del cuarto reflejando todas esas maravillas de colección. La relación y la calidad de los objetos comprados por Fabbri variaban de un viaje a otro, dependiendo de su ánimo, más bien taciturno, y del estado de sus negocios, muchas veces abocados a la ruina. Aun así, la que sigue es una descripción aproximada de lo que Rebeca pudo ver por aquel entonces durante sus incursiones clandestinas en el aposento privado del relojero.

Sobre el poyete de la ventana al menos seis relojes de sol en el interior de diminutos cofres de ébano. Junto a la pared dos carillones ingleses con las horas en caracteres latinos y dos pesados péndulos dorados cabeceando al compás. Colgados de los tabiques y por todas partes un número variable de relojes de cuco imitando relamidas casitas estilo bávaro; a las horas precisas emergen los pájaros. Algunos espléndidos ejemplos de célebres campanarios

cincelados en bronce (especialmente relevante la torre del ayuntamiento de Munich). Máquinas francesas del XVIII con urnas y gavetas secretas para ocultar joyas y billetes de amor. Artilugios de porcelana esmaltada con múltiples esferas y agujas de oro. Ingenios con mecanismos de los que brotan tiroleses de lata tocando pífanos y tambores al son de alegres melodías. Cacharros con monos de madera. Autómatas que bailan la gavota y el minueto sobre peanas de marfil. Cajitas de música. Relojes de arena con las ampollitas en cristal veneciano y la base surtida de bajoalieves marinos y horóscopos árabes. Clepsidras. Sobre una mesa de trabajo colmada de lentes de aumento y extrañas herramientas de cirujano dos o tres esqueletos con las tripas abiertas de cabo a rabo; tuercas, arandelas, tornillos, manecillas y también bailarinas con brazos y piernas amputados. Armazones de hueso, botellas con milagros reparadores, lienzos y cepillos. Sobre la cama el maletín con cierres metálicos que el relojero italiano lleva siempre encima.

Este, más o menos, podía ser el aspecto del dormitorio alquilado a la señora Guinart durante una de las visitas del señor Fabbri a Barcelona. En ningún otro lugar el paso del tiempo era más inevitable y amargo para Rebeca. Cada minuto, cada golpe de una de aquellas innumerables manecillas, la aproximaba al final de un sueño, a la pesadilla de sus obligaciones domésticas y el repaso de las lecciones hacia el final de la tarde. Se entiende que aquel sitio fuera para ella un arcano que no deseaba compartir con nadie. Se sentía tan ligera como una pluma de ganso viajando en un minuto estupendo por todas las cortes del mundo. Pero había que estar de vuelta antes de las tres porque a esa hora fatídica el estruendo de trompetas y campanazos despertaría antes de lo previsto a mamá. Para entonces la llave debía reposar de nuevo sobre la mesilla. No había mucho margen para el error. Al encerrarse en su dormitorio con el corazón desbocado por la emoción se derrumbaba en la cama y tenía que morder la almohada para no llorar de rabia y alegría al mismo tiempo. Apenas diez segundos más tarde se producía la explosión de los relojes y la casa echa-

ba a andar con los primeros pasos de la señora Guinart en la cocina.

Rebeca no sabía si la conmoción de saberse sorprendida algún día podía más que la admirada belleza de los relojes. Era posible que una tarde el señor Fabbri decidiese abandonar la competición de naipes que a esas horas tenía lugar en el Ateneo y regresase antes de lo previsto a casa. Sabía que acudía puntualmente al club a fumar grandes cigarros y a pavonearse ante lo más granado de la sociedad. Sus logros en materia relojera y el ajedrez lo retenían al menos dos o tres horas. Eso la tranquilizaba porque en el fondo estaba segura de que aquel orondo caballero se regía por costumbres inflexibles que no admitían cambios a ningún precio. Era como uno de sus mecanismos. A fuerza de respetar el tiempo su vida se había convertido en un tablón de anuncios, en una lenta sucesión de abluciones repetidas hasta el infinito. Siempre hacía lo mismo a la hora exacta. No había llegado tarde jamás a ninguna parte ni había perdido un tren. Sólo había que verle aseándose en el baño todas las mañanas. El simétrico rasguño a navaja en el gaznate, abriendo el mismo camino jabonoso una y otra vez, día tras día, sin desviarse ni un milímetro, como un escrupuloso ingeniero inglés diseñando una línea del ferrocarril. Si hubiera estallado el mundo el señor Fabbri hubiera consultado su reloj de bolsillo para echar a andar. No había nada en este lado de la realidad, ni humano ni divino, que pudiera obligarle a modificar un hábito o desviar un mínimo su costumbre. Por eso no había de qué preocuparse cada vez que un ruido inesperado se colaba por el vano de la puerta de su museo secreto. El dueño de todo aquello no iba a volver hasta más allá de las cinco, estaba segura. Además, de haberla sorprendido, él la hubiera perdonado con una caricia en su pelo castaño ya que ambos compartían al parecer la misma pasión por los cachivaches a cuerda. Al menos eso creía ella.

Su madre era otra cosa. Aquí había peligro de verdad. No es que la señora Guinart fuera una mujer severa, desde luego que no, pero no admitía bajo ninguna condi-

ción violaciones en la intimidad de las personas; y mucho menos en la de sus huéspedes. Creía que todo el mundo tenía derecho a guardar secretos, no importaba cuales fueran. Sabía que los hombres escondían una vida paralela truculenta y salvaje debajo de sus levitas y sus sombreros de ceremonia, que palpitando en lo hondo de sus corazones rugía la caverna ancestral que todo lo puede. Fumaban, discutían de política, jugaban a los dados los sábados por la tarde o acudían a la ópera del brazo de sus esposas... Pero en el fondo no eran más que monos con corbata. En esto aquel inglés tan descarado no iba desencaminado. Por eso la indiscreción era un pecado que le dolía en el alma. Si la señora Guinart hubiera descubierto el pasatiempo preferido de Rebeca se hubiera enojado mucho. La niña había de ser prudente y regresar a su cuarto un rato antes de las tres. De lo contrario se exponía a un buen sermón y a un castigo seguro.

Cada vez que una de las máquinas de Fabbri partía hacia Italia envuelta en papel de estraza y abrochada con cabos a Rebeca le daba un vuelco el corazón. Una ocasión en que echó de menos su pieza más querida sufrió una gran decepción y estuvo llorando en secreto tres noches. Se trataba de un pequeño reloj rococó con pomos dorados y cuatro patas en forma de fieros leones. Aun con muy poca luz destacaba frente a todos los demás. Y su tictac era muy veloz, un puro galope frente a los repiques reposados de sus compañeros de alcoba. Le dolió no haber podido despedirse. Se fue sin más.

.....

-¿Se fue? –exclamó la señora Guinart apartando del fuego una gran olla con garbanzos-. ¿Dónde?

-Creo que a los muelles –contestó Rebeca muy despierta-. Pero no creo que vuelva hasta bien entrada la noche. Dijo que estaba esperando un paquete que debía recibir desde Niza por vía marítima, un aparato antiguo